

En la primera parte de este ensayo dimos cuenta de cómo bajo los regímenes neoliberales la política científica dio lugar a corrupciones de escala institucional, como el contubernio entre el Conacyt y las empresas y corporaciones o la creación de fideicomisos y asociaciones civiles (<https://acortar.link/3046js>). Se trató de una desviación del objetivo que debe perseguir la ciencia de un país, que es contribuir a la satisfacción plena de sus ciudadanos. Esta última parte explora el papel jugado por los investigadores o académicos sin los cuales la corrupción institucional no sería posible. Ello implica examinar el rol que juega la ideología científicista o tecnocientífica. En estas últimas décadas se ha consolidado un proceso global de acrecentamiento de la investigación por parte de las gigantescas corporaciones y por la cooptación de la ciencia pública (la realizada en universidades y organismos de gobierno) por parte de esas mismas empresas. El mundo ha visto la conversión gradual o súbita de la ciencia pública o social hacia una ciencia corporativa donde los objetivos de la investigación están dirigidos a incrementar la rentabilidad y las ganancias de las empresas patrocinadoras. Este proceso ha sido facilitado por la reiterada imposición de la ideología científicista en las comunidades académicas.

Tres son los principales mitos que engalanan el científicismo. El primero atañe a la fetichización de la ciencia. Siempre se tiende a hablar de La Ciencia (con mayúsculas) elevada a una suerte de entidad suprema, en vez de reconocer las diferentes modalidades del quehacer científico, cada una de las cuales persigue fines diferentes y hasta antagónicos. No hay una, hay muchas ciencias. Este fetiche se ve acompañado, segundo mito, por la falsa idea de que toda actividad científica es automáticamente benéfica, moralmente buena e ideológica y políticamente neutra. El tercer mito lo ha descrito con precisión Jorge Reichmann: El conocimiento científico es un gran bien. Pero,

¿cómo pueden tantos investigadores caer en la ingenuidad científicista de creer que simplemente incrementar el conocimiento conducirá a la mejora de la condición humana? El progreso científico no implica necesariamente progreso humano. En México lo anterior ha quedado demostrado. La curva del presupuesto en ciencia y tecnología desde la fundación del Conacyt en 1971 ha sido ascendente, y sin embargo la pérdida de bienestar de los mexicanos y el deterioro de su entorno natural y ambiental se incrementó de forma dramática. La exigencia de más presupuesto como acto automáticamente virtuoso es entonces un argumento falaz.

Para el caso de México, ya en un ensayo anterior mostramos cómo la orientación, los enfoques e incluso los marcos teóricos y metodológicos de muchas áreas de la investigación estaban marcados por los intereses del capital. Ello se ponía de manifiesto en la agronomía, la hidráulica, la biomedicina, la química, la biotecnología, la ecología y el estudio de la biodiversidad (<https://acortar.link/0k7YL6>).

La atmósfera general de mercantilización que prevaleció durante el periodo neoliberal en México, vino a agregar un cuarto factor al imaginario científicista que facilitó la corrupción. Muchos investigadores compraron la idea, al calor de lo que sucedía en toda la sociedad, de convertirse en investigadores para la innovación no social sino mercantil. Ya antes los discursos oficiales habían introducido la idea de la innovación, y este nuevo atributo sin excepción se entendió como contribuciones a las empresas privadas nacionales e internacionales. De ahí la absurda idea de medir los avances por el número de patentes. Como lo hicieron los políticos que se creyeron empresarios (y viceversa), muchos colegas se convirtieron en científicos emprendedores con cabezas de Darwin, cuerpos de Rockefeller y garras de Bill Gates (A. Barreda, 2021). De ahí proliferaron las empresas de biotecnología, las consultoras ambientalistas o biomédicas, las firmas dedicadas a la asesoría agroindustrial, informática o química. Sin ningún escrúpulo los principales ecólogos del país se dedicaron a lavar la imagen de las mayores empresas contaminadoras y ecocidas, y los biotecnólogos se coinvirtieron en accionistas de las corporaciones. De manera normal, los subsidios, premios, becas y apoyos fluyeron desde las corporaciones hacia los centros de investigación biológica, ecológica, biotecnológica, agronómica, biomédica y química.

La corrupción de la ciencia en México

Categoría: 133-Educación Ambiental

Publicado: Viernes, 01 Octubre 2021 01:07

Escrito por Víctor M. Toledo

En suma, la mercantilización que alcanzó todos los ámbitos de la vida social del país llegó también a la ciencia y volvió normales un conjunto de actitudes, valores y prácticas carentes de ética. Hoy requerimos, con urgencia, del rescate y reimpulso de una ciencia y tecnología con vocación de servicio, y esto implica la presencia de investigadores críticos con conciencia social y ambiental.